

Cuaderno de viajes imposibles

Kike Gómez



Ilustraciones de Dani Padrón



¿A quién no le gusta viajar? Siempre he pensado que hay algo especial en visitar nuevos lugares y conocer a quienes los habitan. Descubrir rincones nunca vistos, inexplorados, ha sido mi mayor deseo desde que era pequeño.

El único problema, en mi caso, es que mi familia nunca ha tenido dinero para viajar. Por eso, a pesar de mi insistencia, mis padres me decían que no una y otra vez cuando les preguntaba si podíamos irnos de viaje.

Imagino que, al leer esto, muchos dirán que, sin dinero, mi ambición de convertirme en trotamundos era una tarea imposible. Puede que

alguien sienta hasta pena por mí al creer que mi sueño jamás se cumpliría.

Por suerte, yo nunca pensé así.

Desde niño he poseído algo mucho más importante que el dinero, algo mucho más útil que me brindaba la oportunidad de llegar adonde yo quisiera: una gran imaginación.

Con ella aprendí que no es necesario moverse del sitio para poder viajar. Tampoco precisaba ser el más inteligente de la clase, ni tener un gran ingenio o un enorme talento para la fantasía. Bastaba con abrir bien los ojos y fijarme en los pequeños detalles, esos que normalmente pasan desapercibidos para los demás. Si estaba atento y miraba con cuidado, hasta los actos o los objetos más cotidianos podían llevarme muy lejos. En mi cabeza había una puerta abierta a un mundo completamente nuevo, donde los horizontes eran infinitos y desconocidos.

Y así decidí empezar a anotarlos en un cuaderno, como habían hecho antes ilustres viajeros, que titulé *Cuaderno de viajes imposibles*. Una vez, mi abuela me preguntó por qué había elegido esa palabra, *imposibles*. Y le respondí que me gustaba pensar que eran imposibles... justo hasta el momento mágico en que yo los convertía en realidad.

El pueblo de las frases hechas

En el barrio donde crecí había un panadero que, dijeras lo que dijeras, siempre te respondía con una frase hecha. ¿Nunca te has preguntado de dónde vienen las frases hechas? Yo sí...

En mi primer viaje conocí el pueblo en donde nacen todas estas expresiones. Aunque lo cierto es que no se las inventan, sino que simplemente suceden.

Me explicaré.

La gente de este pueblo hablaba por los codos. No quiero decir que hablasen mucho, sino que se comunicaban con los codos con un sistema de señales que solo ellos conocían.





Allí el que mandaba cortaba el bacalao, literalmente, ya que el alcalde era pescadero, y además su pescado costaba un ojo de la cara, motivo por el cual había tantos tuertos en el pueblo.

En este lugar las ranas tenían pelo y los cerdos volaban, y de noche todos los gatos, de repente, se volvían pardos.

Cuando discutían, sacaban un metro y medían sus palabras, no fuera a ser que se pasaran tres pueblos y tuvieran que andar varios kilómetros.

En los días de fiesta tiraban la casa por la ventana, por ese motivo los albañiles vivían como marqueses –con título y todo– y era raro verlos sin Blanca, una vecina que iba con ellos a todos los lados.

Por eso era normal que ni siquiera en los días de fiesta hubiera turistas, ya que, con tanta locura, podían perder la cabeza...

La fábrica de olores

Cuando iba al mercado con mi madre, siempre me sorprendía la cantidad de aromas diferentes que se distinguían en el ambiente.

Por eso me pregunté de dónde vendrían aquellas esencias e imaginé una fábrica de olores donde envasaban todas las fragancias posibles.

Uno de los operarios me contó que, en su primer encargo, tuvo que capturar el olor de un guepardo para una famosa atleta. Se pasó toda una tarde detrás de él.

—¡Y no veas lo difícil que fue atraparlo! —comentaba.

Después, una banquera les dijo que quería oler a billetes. Así que fueron a la caja fuerte y trituraron todo el dinero que había.

–¡Incluso yo tuve que poner unas cuantas monedas de mi bolsillo! –se lamentaba–. Fue la última vez que aceptamos ese encargo. Casi acabamos en la bancarrota.

Fabricaron un perfume de gaviota para un almirante de la Marina, otro con olor a iglesia vieja para un cardenal (acababa de construir una catedral y olía demasiado a nueva), otro con aroma a globo con forma de perrito para la dueña de un circo, y un perfume con olor a camiseta sudada para un jugador de fútbol (supongo que para echarse en los partidos en que no daba pie con bola).

Cuando no había encargos, simplemente envasaban los olores que más les gustaban: a rueda de bici de niño, a libro nuevo, a domingo por la mañana, a comida familiar... y a todo aquello que se les ocurriese.

–Pero nuestro perfume favorito de todos –me confesó al final– es el que huele a trabajo bien hecho. Aunque ese solo lo usamos cuando lo merecemos de verdad.

